

cuando se le refería algún bello rasgo de sus soldados. En resumen, era un hombre excepcional, continuaba M. Biogi; ninguno de sus generales se le parecía en modo alguno. Lemarrois tenía una figura encantadora, dulce, amistosa, distinguida, y no obstante al lado de su general parecía inferior. Murat tenía buen aspecto á caballo, pero su belleza era grosera. Duphot dejaba traslucir su ingenio, pero sólo Lannes recordaba, alguna vez, al general en jefe.

Napoleón estaba rodeado de un respeto profundo y silencioso; era un hombre en absoluto sin igual y todo el mundo le distinguía. Las bellas damas de Verona sin excepción procuraban verle en casa del proveedor veneciano, antiguo embajador y distinguido señor, que, en presencia del general en jefe, tenía el semblante de un niño.

Cuando el cuadro representando la meseta de Rivoli fué terminado, el general estuvo muy contento; había en él buena parte de la verdad y la suavidad de Claudio Lorrain. Fué pagado muy bien y M. Biogi devolvió seis luises de los veinticinco que recibió en Florencia, diciendo que no había gastado más.

No hemos cambiado ni una sola palabra del relato de M. Biogi, que vive actualmente retirado en una pequeña ciudad de Bretaña.

XXI

Fin de los tiempos heroicos de Napoleón

Habiendo en 12 de Mayo de 1797, decretado el Gran Consejo, bajo la presidencia del dux, la abolición del Gobierno, cuatro mil franceses tomaron posesión de Venecia, el día 16.

La amabilidad de los venecianos, la extrema desgracia en la cual han caído, el interés que este pueblo inspira á la curiosidad del filósofo, como siendo el más bello que haya jamás existido (1), todo hace considerar con profundo pesar la resolución de Napoleón. Si éste hubiese podido obrar de otro modo, quizá Venecia existiría aún hoy y la infeliz sería menos subyugada por el plomo austriaco, y M. de Metternich no lloraría el Spielberg de los italianos más ilustres (2); pero no puede negarse que la conducta del general francés no ha sido perfectamente legítima. Aunque hizo todo lo humanamente posible por conservar Venecia, estaba sujeto á demasiados imbéciles.

Con la ocupación de Venecia, por los franceses acabó la parte poética y perfectamente noble de la vida de Napoleón. En adelante, para su conservación personal, debió resignarse á medidas y á pasos, sin duda muy legítimos, pero que no podían ser ya más el objeto de un entusiasmo apasionado. Tales medidas reflejan en parte la bajeza del Directorio.

(1) Véanse las obras del poeta Buratti, muerto en 1882; por ejemplo: la *Elefanteida*, sátira.

(2) Memorias de Silvio Pellico, Borsieri, Andrienne, etc., etc.

Aquí acaban, pues, los tiempos heroicos de Napoleón. Me acuerdo aún perfectamente del entusiasmo que sus prematuras glorias hacían nacer en las almas generosas. Nuestras ideas de libertad no estaban iluminadas por el recuerdo de recientes chanchullos, como sucede hoy. Entonces todos decíamos al unísono: «¡Quisiera Dios que el joven general del ejército de Italia fuese el jefe de la República!»

A los franceses na les es fácil comprender el mérito reflejado y profundo, el solo que conduce á éxitos frecuentes; prefieren figurarse algo nuevo y arriesgado en su héroe y, sin pensar en ello, entrar en lo que queda de la idea caballeresca. En 1798, corría el rumor de que el general Bonaparte había ganado sus batallas como los literatos de provincias creían que La Fontaine hacía sus fábulas: sin meditación alguna.

Cuando Napoleón fué á París y se presentó al Directorio, todo el mundo se decía: será envenenado. Esta idea comenzó á debilitar el entusiasmo que inspiraba el joven general del ejército de Italia. En París se le vió preocuparse mucho de los lazos que le tendía el Directorio. Los tiempos heroicos de su gloria cesaron pues.

La noticia de la expedición á Egipto vino á realizar la idea que se tenía de la ardidez de su genio, pero disminuyó la que nos hacíamos de su amor apasionado por la patria. La República, decíamos nosotros, no es lo suficiente rica y libre de obligaciones para enviar lo que tiene de mejor á Egipto. Napoleón se avino á este proyecto por el doble temor de ser olvidado ó envenenado.

Pero para relatar las batallas hemos presentado casi siempre con las palabras de Napoleón, las de:

Montenotte, Millesimo, Dego, Puente de Lodi, Lonato, Castiglione, Roveredo, Bassano, Saint-Georges, Arcole, Rivoli, la Favorita, Tagliamento y Larvis.

Con muchas menos palabras expresaremos las de Chebreiss, las Pirámides.. y Waterlloo.

Para ser explicada militarmente una batalla exige cincuenta páginas; para ser relatada, claramente al menos, precisan veinte. Fácil es comprender que las batallas llenarían todo este libro. Por otra parte, el lector que tiene alguna idea de geometría, prefiere leer las batallas en Gouvion-Saint-Cyr, Napoleón, Jomini y en los autores y memorias que se han tomado el trabajo de comparar seriamente los boletines y las mentiras de los dos partidos.

Napoleón tenía miedo de los jacobinos, á los cuales no solamente quitaba su poderío si que también sus ocupaciones diarias, y estableció una policía para vigilarles; hubiera querido poder deportar á todos los jefes, pero la opinión pública se hubiera sublevado y la fusión que él deseaba operar hubiérase retardado á la vez por tiempo indefinido. Hasta desterrando á los jefes hubiera tenido que temer á los particulares, y veinte de éstos solamente bastaban para tramar una conspiración y poner su vida en peligro.

Los jacobinos son quizás los únicos seres que Napoleón haya jamás aborrecido. Cuando regresó de Egipto encontró el poder real en manos de Siéyès (á quien tenía por un jacobino); y digo poder real porque el Directorio sólo existía debido á que nadie se había presentado aún á darle el golpe mortal, y Siéyès hubiera podido hacer, con otro general, lo que hizo con Napoleón.

Después de una seria reflexión, Napoleón creyó del caso confiar á un antiguo jacobino la misión de velar á los mismos jacobinos.

Creyó haber conquistado á Fouché (en lo que se engañaba) y le encargó:

1.º Dar las mejores plazas á todos los jacobinos de mérito;

2.º Dar las plazas secundarias á todos los jacobinos que hubieran podido ser peligrosos á su actividad y á su entusiasmo por la patria, y

3.º Hacer todo cuanto gustase personalmente al resto de los jacobinos; así atacaba el entusiasmo virtuoso por el egoísmo. Napoleón daba mucha importancia á ver los jacobinos ocupados muy activamente en sus nuevas plazas. Fouché debía decir á los más entusiastas: «Dejadme hacer; ¿es que no me conocéis» á fondo y no sabéis lo que quiero? creed que obro »para el mayor bien del partido; mi plaza me obliga »también á poner á prueba á los soldados y sigo de »cerca todos sus movimientos. Así que se pueda »obrar ya os lo diré, etc., etc.»

Fouché debía continuar viviendo con los jacobinos y ver los que le eran personalmente más contrarios; pues, ¿cómo hubiera podido, obrando de otro modo, espíar sus acciones?

Era muy importante conocer el retiro de muchos de ellos.

Fouché estaba encargado de observar en sus almas el progreso del egoísmo y sobre todo de dar ocasión de obrar á los que tenían aún actividad y ardor.

El partido realista era muy querido de Napoleón; *son los solos que saben servir*, dijo, cuando el conde de Narbona, encargado de traerle á manos una carta, se la presentó en el dorso de su sombrero de tres picos. De atreverse, Napoleón se hubiera rodeado exclusivamente de hombres pertenecientes al arrabal Saint-Germain.

Los que eran admitidos confidencialmente por el Emperador se extrañaban ingenuamente de sus contemplaciones para con el partido de la revolución que, por ejemplo, reinaba abiertamente en el Consejo de Estado, entonces el primer cuerpo del Imperio. Lo que pasaba en el Senado y en el Cuerpo legislativo no era más que una ceremonia.

Los confidentes tomados del partido realista, de que ya he hablado, tuvieron siempre miedo del Em-

perador, hablándole, y no pudieron nunca comprender cómo éste tenía miedo de algo.

El Emperador tuvo desde luego un miedo extremado de todos los jacobinos; cuando esta primera impresión se hubo calmado, temió á Fouché y probó de reemplazarlo por M. Pasquier y, en fin, por el general Savary, duque de Rovigo. El deseo de tiranizar, el valor y la actividad no faltaban á este último, pero habiendo vivido siempre en medio del ejército no conocía á fondo á los jacobinos.

El mismo Pasquier no les conocía más que de una manera muy imperfecta.

¿Hasta á qué punto Fouché engañó al Emperador?

XXIII

Caída de Napoleón.—Berthier.—El conde Daru.

Napoleón cayó por dos motivos:

1.º El amor que había nacido en él por las gentes mediocres desde su coronamiento.

2.º La reunión del cargo de Emperador al de general en jefe. La velada que precedió á la jornada del 18 de Junio de 1813 en Leipzig, fué destinada al cargo de Emperador; se ocupó en dictar órdenes para España, descuidando los detalles de la retirada del día siguiente, que fracasó por falta de orden. Berthier, como siempre, nada había previsto, nada se había atrevido á tomar bajo su responsabilidad. Por ejemplo, un oficial, de orden del emperador, hubiera debido encargarse del mando del puente de Elster y decidir el momento de destruirlo.

En Leipzig, un ejército de ciento cincuenta mil hombres fué aplastado por otro de trescientos mil; en esta acción no hubo ni arte ni maniobras.

El ejército de ciento cincuenta mil hombres estaba compuesto de jóvenes soldados rendidos de fatiga y dirigidos por generales viejos y fatigados á la vez, que obedecían ciegamente á un hombre de genio más ocupado de su imperio que de su ejército.

El general en jefe que se le opuso, hombre amable en sociedad, era un estúpido á la cabeza de un ejército y además embarazado por la presencia de dos soberanos, quienes á cada paso, instigados por sus cortesanos, se obstinaban en corregir las faltas que le

veían cometer. La impericia absoluta del amable príncipe Swuarsemburg y el desorden que fué su consecuencia permitieron creer que si hubiera encontrado al general del ejército de Italia únicamente ocupado de su objeto, el ejército francés se hubiera salvado. Pero precisaba para ello un jefe de estado mayor activo, capaz de algunas combinaciones y que se atreviese, si fuese necesario, á fomar bajo su responsabilidad á lo menos algunas medidas secundarias; en una palabra, lo contrario de Berthier. En dicha época le hemos visto, como á viejo que era, muy ocupado, como su maestro, de su nuevo estado de príncipe, temiendo siempre comprometer los privilegios y cuidando demasiado la forma de sus cartas. Era este príncipe tan viejo y fatigado que cuando se iba á recibir órdenes suyas se le encontraba casi siempre tumbado en su sillón con los pies sobre la mesa y silbando, por toda respuesta; no se distinguía otro movimiento en esta alma desprovista de toda actividad, que un profundo rencor contra los generales de carácter y de energía. ¿Hay necesidad de advertir que no entra en ello la bravura? Todos eran bravos, pues se sabe muy bien que los generales faltos de energía en su cargo y que temen comprometer su reputación, haciendo avanzar un batallón, creen suplir su falta por una gran temeridad personal.

Si el emperador prefería rodearse de chambelanes de elegantes modales, procedentes del arrabal Saint-Germain, el príncipe Berthier tenía una predilección evidente por los jóvenes oficiales que afectaban una elegancia de modales y que conocían profundamente todas las reglas de la etiqueta.

Puede afirmarse que el príncipe Berthier ha sido la causa directa de una buena parte de las desgracias del ejército francés á partir de la batalla de Eylau, donde, por culpa suya, un cuerpo de ejército no accionó (el cuerpo del mariscal Bernadotte).

Tal fatiga, propia de un cerebro enfermo, producía amenudo en las marchas aglomeraciones de tropas en los mismos caminos, en las mismas poblaciones, y causaba terribles desórdenes que trastornaban cada vez más á los habitantes del país, antes tan buenos y humanos.

Si en 1805 esta decadencia sólo fué observada por las personas que veían de muy cerca los asuntos, fué debido á que el emperador había tenido la suerte de encontrar al conde Daru, antiguo ordenador del ejército de Massena en Zurich. Este hombre raro, prodigio de orden y de trabajo, era tímido en todo cuanto se relacionaba á la política, y sobre todo gran enemigo de los jacobinos que, en la época del Terror, le habían encarcelado. Bajo el nombre de *intendente general* el emperador había puesto al cuidado del conde Daru una buena parte de las funciones del mayor-general. Sólo los movimientos de tropas continuaron siendo de incumbencia de este último, lo que resultaba estar aún muy por encima de sus fuerzas.

El conde Daru trabajaba directamente con el emperador, pero demasiado hábil y sobre todo demasiado ocupado para poder luchar contra el mayor-general, le confiaba multitud de medidas que sometía á su aprobación. Se veía amenudo al conde Daru responder á una proposición, por estas palabras: «tomaré órdenes del príncipe de Neufchâtel.» (Este era el nuevo título del general Berthier.)

El conde Daru administraba:

- 1.º Los víveres.
- 2.º El erario del ejército.
- 3.º Los países conquistados divididos en intendencias.

Los intendentes eran escogidos de entre los oidores del Consejo de Estado. Téngase en cuenta que la administración de víveres y la de los países conquistados se relacionaba necesaria y continuamente con